Un error mortalUna aventura del teniente Wasel

**Luis Baselga**

### Prólogo

No es nada nuevo qué las grandes industrias farmacéuticas invierten increíbles cantidades de sus recursos en investigación, sobre todo, en la búsqueda de productos destinados a cuidar la salud. También es cierto que, en muchas ocasiones, reciben fuertes ayudas de los gobiernos e incluso de capital privado.

En ocasiones, por los errores o negligencias cometidas, han llegado a pagar indemnizaciones de muchos millones de dólares. Los beneficios de las farmacéuticas, generalmente, son de miles de millones. Una parte de sus recursos los invierten en la comercialización de sus productos. Disponen de grandes y costosos departamentos de marketing, que utilizan sin reserva, para ofrecer productos como nuevos; pero realmente llevan mucho tiempo en el mercado. Un proceso habitual consiste en buscar nuevas aplicaciones para sus medicamentos, con lo que consiguen ahorrar grandes cantidades en investigación. Destinan grandes cantidades, en campañas publicitarias, para convencer a la población de la necesidad de utilizar un producto que alivia hechos cotidianos y naturales de nuestra vida. Utilizan de forma indiscriminada, incluso inmoral, a expertos en medicina o medios de comunicación que ensalcen las ventajas de sus tratamientos.

No es infrecuente descubrir qué en ocasiones, determinados medicamentos, están diseñados para no curar de una forma definitiva y requieren su utilización de forma continuada, durante un largo periodo de tiempo e incluso durante toda la vida.

Las grandes corporaciones solo piensan en sus beneficios y no en las consecuencias derivadas del uso de determinados productos. La ciudadanía cada vez, más conocedora del poder de las grandes farmacéuticas y laboratorios, es consciente de que sin el adecuado control, y aplicación de normas y reglas cada vez más restrictivas, se está en verdadero peligro ante su inmoralidad.

Frecuentemente, las farmacéuticas prueban sus medicamentos en países del tercer mundo. En muchas ocasiones son ocultados los fallos que conllevan muertes o enfermedades incurables. En estos países, donde la corrupción está a la orden del día, es muy fácil tapar con dinero estas pruebas fallidas.

El vencimiento en los próximos años de numerosas patentes, prevé una perdidas en las grandes compañías farmacéuticas de miles de millones. Los proveedores de productos genéricos están invadiendo el mercado con productos más baratos, llegando incluso a venderse con un precio un 80 % menor que el original.

**El código de Núremberg** en su artículo 53 dice: *El consentimiento voluntario del sujeto humano es absolutamente esencial. Esto significa, que la persona debe tener capacidad legal para dar su consentimiento. Debe estar informada de tal forma que le permita ejercer su libertad de escoger, sin la intervención de cualquier elemento de fuerza, fraude, engaño, coacción o algún otro factor posterior para obligar o coercer; y debe tener conocimiento y comprensión suficiente de los elementos para permitirle tomar una decisión correcta.* Y en su artículo 54 dice*: El deber y la responsabilidad para determinar la calidad del consentimiento recaen sobre el individuo que inicia, dirige o toma parte del experimento. Es un deber personal y una responsabilidad que no puede ser delegada a otra persona impunemente.*

Estos dos artículos son eludidos por las grandes compañías en multitud de ocasiones, ya que solo piensan en sus beneficios futuros y no en las consecuencias de sus actos. Su falta de ética, en algunos casos, provoca enfermedades en poblaciones del tercer mundo, con resultados mortales. Esta falta de moral les permite disponer de individuos “voluntarios” para poder realizar sus investigaciones.

Las técnicas utilizadas y el uso de recursos económicos ilimitados, permite a las grandes empresas conseguir sus propósitos. No tienen respeto por la vida y actúan a su antojo apoyados por gobiernos corruptos, que se beneficien económicamente con este proceder. Si investigamos las violaciones de la ley, descubriríamos que el atropello de los derechos, pasa por: las amenazas, la extorsión, el robo, el fraude, el soborno, el asesinato, etc…

No es de extrañar que cada vez sean más las empresas acusadas de cometer delitos o mandar cometerlos, para conseguir sus fines. Este proceder hace buena la frase: *Cum finis est licitus, etiam media sunt licita (Cuando el fin es lícito, también lo son los medios/****Hermmann Busenbaum)*.**

En esta historia, de ficción, nos encontramos con Christopher Kirchner, presidente de la empresa **Pharmaceutical Research and Manufactures Kirchner & CO**., tiene ante sí un problema que pone en peligro el futuro de la empresa. Sus problemas económicos le obligan a poner en el mercado, en un breve espacio de tiempo, un nuevo producto en el que están trabajando. Debido a millonarias indemnizaciones pagadas por los efectos secundarios de un medicamento, la situación financiera de la empresa quedó muy debilitada. Ha utilizado los escasos recursos de la empresa, e incluso ha tenido que aportar parte de su propio patrimonio, para finalizar la investigación y elaboración del nuevo medicamento. Cualquier problema que retrase la comercialización del medicamento pondría a la empresa familiar, que él dirige, en una peligrosa situación de quiebra y consecuentemente de cierre definitivo. Unos resultados inesperados en los análisis finales de unas muestras, provocan que se desaten unos acontecimientos imprevistos, con resultados mortales. Los principales responsables del lanzamiento del medicamento son: el doctor Morrison, director del departamento de investigación y la analista Hannah Thompson, responsable del laboratorio.

Christopher Kirchner, no puede permitirse que el producto no se ponga en el mercado en el plazo previsto. Pide a su jefe de seguridad, Gerard Wolf, que averigüe cual es el problema y que tome las medidas necesarias para que el producto esté en la calle en los plazos marcados. Wolf es una persona fría y calculadora, se mueve al margen de la ley y mientras le paguen bien, hará lo necesario para que se cumplan las instrucciones recibidas. Christopher nunca pensó que sus instrucciones pudieran tener unas consecuencias mortales. Le pagaba lo suficiente para que resolviese, sin preguntar, todos aquellos problemas que podrían tener graves consecuencias en el funcionamiento de la empresa. Pero nunca debió permitirle que actuara con tanta libertad, una persona que se mueve exclusivamente por dinero es fácil que apueste a otro caballo ganador. Su exceso de confianza le ha implicado en un problema de graves consecuencias, complicado su vida más de lo que hubiera pensado e implicándole en algo que no había previsto.

### I

### *Año 2012, 12 de abril, 10 a. m., Comisaría Holborn Police Station*

A pesar de que el índice de criminalidad ha disminuido en Londres, ocurren asesinatos como en el resto del mundo. La comisaría de Holborn dispone de un departamento de investigación criminal, al mando está el capitán O’Connors y su segundo al mando es el teniente Wasel. El teniente Wasel es un policía a quién le gusta trabajar en solitario, cuando le asignan un nuevo caso no espera que venga acompañado con la imposición de un compañero y menos que sea una mujer.

El teniente Lewis Wasel, tiene 39 años, y aunque modesto, es un excelente investigador. No es el clásico detective guaperas de las películas. Pero, tampoco se puede decir que sea un desecho humano. Con su metro setenta y ocho centímetros y sus 83 kg de peso, va un poco sobrado, podemos encajarle dentro de ese grupo de población que podemos denominar de apariencia normal, ni guapo ni feo; ni alto ni bajo; ni gordo ni flaco. Bajo su punto de vista se encuentra en la parte alta de la curva. Por su aspecto general las mujeres le consideran atractivo, su abundante mata de pelo castaño, sus ojos azules y su fino bigote le ayudan en esa clasificación.

Se hizo policía no por necesidad, sino por vocación, o eso dice el. Afortunadamente no tiene problemas económicos, su situación financiera es holgada, le gusta comer bien, y como puede, dispone de un magnífico deportivo Bentley Continental GT. Le gustaría ser como James Bond y ligar con todas las mujeres, pero desgraciadamente su vida sentimental no es tan emocionante como la profesional.

La comisaría, donde trabaja es antigua y necesitaría una buena rehabilitación, pero los responsables no parecen muy dispuestos a invertir dinero en ella. Es muy apreciado por todos sus compañeros, pero le gusta ser independiente y por tanto trabajar solo. Sus discusiones con el capitán O´Connors son diarias, le recrimina constantemente su independencia y siempre le amenaza con ponerle un compañero. Tienen puntos de vista, casi siempre, diferentes a la hora de enfocar las investigaciones. Sus actuaciones, en alguna ocasión, se producen rozando la ley; pero no para hasta que resuelve los casos que le asignan e incluso algunos que no son su responsabilidad.

Como todos los días, a las 9,30 de la mañana, está sentado en una mesa de la zona común. Dispone de despacho propio, pero le gusta estar rodeado de gente, mientras respeten su independencia, y lo utiliza lo menos posible. Son las 10 de la mañana, el día es tranquilo y está haciendo un crucigrama para mantener la mente activa. La aparente tranquilidad queda rota por el clásico… ladrido; emitido desde el despacho del capitán.

— ¡Wasel!

Se levanta con desgana, seguro que hay algo que ha molestado a su capitán y espera la primera reprimenda del día. Se dirige, sin mucha prisa, hacia su despacho. Los compañeros le miran y se encoge de hombros, están todos seguros de que le van a montar una gresca por algo relacionado con los métodos empleados en la resolución de alguno de sus casos pasados, ya que en este momento no está trabajando en ninguno. Como es un optimista, comenta en voz baja: a lo mejor me deja coger algún día de las vacaciones que tengo pendientes, pero luego menea la cabeza con resignación y en el mismo tono añade: estoy seguro de que no será para eso.

Sus compañeros le miran y sonríen.

­­­­­­––¿Capitán? —pregunta al llegar a su puerta sin entrar.

––¡Pase! —Grita, haciendo gala de su magnífico humor de siempre.

Entra en su despacho, las paredes están llenas de diplomas, escudos y todo tipo de chorradas, está sentado detrás de la mesa, destaca su cabeza cuadrada coronada por un pelo negro, un poco canoso y cortado a cepillo, sus ojos son grises y fríos. Los brazos musculosos, capaces de destrozar un oso, los muestra por debajo de la manga corta de su camisa. Su altura está alrededor de 1,72 m. Wasel le saluda siempre con un movimiento de cabeza, intenta no estrechar sus manazas, podría destrozarle la mano. Se acerca a su mesa y permanece de pie, no hace intención de sentarme, le gusta provocarle.

— ¡Siéntese, coño!

—Sí, señor— mientras tomaba asiento, pensaba: está de mal humor y seguro que me espera una regañina.

Mantiene su mirada fija en el mientras enciende nuevamente su repugnante puro, totalmente chupado y que se le apaga con frecuencia. Permanece en silencio, sabe que no debe preguntar. Cuando termina su acción, mantiene su mirada fija durante unos interminables segundos.

— ¿Qué está haciendo ahora?––Pregunta finalmente.

—Trabajando—responde rápidamente sin pensar.

— ¿En qué?

—Estaba…—titubea y es interrumpido.

—Tocándose los cojones o haciendo crucigramas, como siempre.

—Como siempre no es…— no le deja terminar y le interrumpe levantando una mano.

—Ha llegado a mis manos este caso, tiene indicios de suicido. Pero, los padres, no creen que su hija se haya suicidado. Aquí tiene para que haga algo y deje de tocarse los…, las narices, espero que lo resuelva rápido—dice lanzándole una carpeta.

La abre y empieza a mirar el contenido, pero cuando va a empezar a leerlo, pone su manaza encima y se lo impide. Se queda un momento en silencio mientras chupa el puro y le mira fijamente.

— Ya tendrá tiempo de estudiarlo. Como ya le he dicho, se trata de un “aparente” suicidio, pero su familia no cree que tuviera ningún motivo para ello.

— ¿Por qué no se lo da a Mulligan?

—Por dos razones: una porque no me sale de los coj… y dos porque está con otro caso. ¿Suficiente?

—Sí señor.

— ¡Pues venga, fuera de mi despacho!­­—le señala la puerta con su dedazo.

Se levanta como impulsado por un resorte con la carpeta en la mano y sale del despacho del capitán. Nota la mirada del capitán clavada en la espalda como un puñal.

Se encamina hacia la mesa donde estaba sentado y observa como sus compañeros le miran a hurtadillas.

— ¿Cómo está el capitán? —Pregunta el sargento Mackenna al pasar a su lado.

El sargento Mackenna es el más antiguo de la comisaria. Tiene 64 años, solo realiza trabajo de despacho, cuando era joven era muy efectivo, pero ahora está a punto de jubilarse y sus 100 kg de peso le hacen poco operativo. Dice que echa de menos la calle y que le apena irse después de tantos años de servicio.

—Como siempre gruñendo.

—Sabes que en el fondo te aprecia.

—No sé, no lo tengo muy claro. Yo creo que me odia.

—Es su forma de ser. El otro día le oí hablar con el comisario jefe, estaba siendo felicitado por el número de casos que se resuelven en esta comisaria. Comentó que disponía de muy buenos elementos y salió tu nombre.

—Seguro que oíste mal.

—No creo, tengo muy buen oído. Pero si le dices algo yo lo negaré.

—No te preocupes el primero que negaría, haber hablado bien de mí, sería él.

—En eso sí que estoy de acuerdo contigo. ¿Qué caso te ha endosado ahora?

—El suicidio de una joven llamada Emily Thompson, según su familia no es posible que se halla suicidado.

— ¿Thompson? He oído hablar de ese caso y te comento que tiene un especial interés en el mismo, la víctima es hija de unos amigos suyos.

—, ¡Joder!, lo que me faltaba una implicación personal.

—Esto confirma lo que te he dicho antes: confía en ti.

—Le voy a tener tocándome los coj… hasta que lo resuelva. ¡Qué alegría!

Se aparta de la mesa de Mackenna, y se sienta en la que ocupa dentro de la zona común. Una vez sentado abre la carpeta para empezar a estudiar el expediente.

Estaba concentrado en la lectura y análisis del expediente que le había entregado el capitán O´Connors. De repente, algo rompe su concentración. Sobre el suelo de madera de la comisaria, resuenan unos pasos firmes y rápidos. Levanta la cabeza y comprueba, al igual que todos sus compañeros, como una espectacular mujer, delgada, de pelo moreno, con rasgos hispanos, vestida con camisa blanca y falda ajustada, que realzan sus marcadas curvas, se dirige hacia el despacho del capitán.

— ¿Quién es? —pregunta por lo bajo a Mackenna.

—Ni idea—responde bajito y encogiéndose de hombros.

Ella se vuelve, aunque seguro que no les ha oído, mira con sus espectaculares ojos negros, sonríe y llama a la puerta abierta del despacho del capitán.

— ¡Pase! —exclama con su tono de voz particular.

––Buenos días, soy el sargento Rodríguez. He sido asignada a su comisaria capitán O´Connors, estos son mis documentos––alarga una carpeta con la información.

Sin levantarse de la mesa le indica que tome asiento y coge la carpeta que le entrega con la documentación, la abre y ojea su contenido. Durante unos minutos intercambian algunas palabras. Y después, para desgracia de Wasel, parece que se acuerda de su existencia.

— ¡Wasel! —grita su nombre como siempre.

Mira a Mackenna y vuelve a realizar un encogimiento de hombros, se levanta y se encamino hacia el despacho del capitán.

— ¿Capitán? —pregunta desde la puerta.

—Pase, cierre y siéntese.

Los ojos de la mujer se clavan en el, pero haciendo un esfuerzo procura no mirarla. No puede evitar contemplar sus magnifica piernas, destacan por debajo de su falda que está muy por encima de las rodillas.

— ¡Deje de mirarle las piernas y siéntese!

—Señor, yo no…—empieza a decir; pero le corta.

— ¡Yo tampoco!, Wasel, ¡yo tampoco!—grita mientras en su boca se configura una forzada sonrisa—. Le presento a Rodríguez, sargento Rodríguez, acaba de ser ascendida y ha sido asignada a esta comisaria, empieza a trabajar desde hoy en nuestro departamento de homicidios.

Desde su asiento estira la mano para saludarla, ella tiende la suya y la estrecha con fuerza, nota que tiene una piel suave y cálida.

—Hola, bienvenida—dice contemplando su perfecto rostro.

—Hola, gracias—responde ella con una sonrisa.

—Deje de mirar embobado, a partir de hoy es su compañera.

—Pero, señor yo…—empieza a protestar.

—Ni pero, ni para, ni tonterías—corta con brusquedad—. Es una orden, se acabó la discusión.

—Pero capitán, yo siempre trabajo solo—intenta negociar—. Cuando necesito ayuda se la pido al sargento Mackenna.

—Al sargento Mackenna ya le queda poco para jubilarse y el sargento Rodríguez ocupará su puesto, además no tengo por qué darle explicaciones. Los dos fuera de mi despacho y a trabajar—dice señalando la puerta.

Se levantan y Wasel sale primero hecho una furia. Se dirijo a su despacho y cierra de un portazo.

Se encuentra sentado en su sillón detrás de la mesa, rumiando esta nueva imposición del capitán, cuando llaman a la puerta suavemente.

— ¡Pase! —grita sin contener su cabreo.

—Perdone teniente, puedo pasar—dice asomando la cabeza por el hueco de la puerta el sargento Rodríguez.

Desde su mesa y por la mampara de cristal ve como miran hacia su despacho todos sus compañeros y la sonrisa maliciosa en la cara de Mackenna. Los demás disimulan, inclinan su cabeza sobre los papeles que tienen encima de sus escritorios.

—Perdone Rodríguez, esto no va contra usted—intenta justificarse, se levanta para cerrar las persianas que ocultan su despacho a las miradas curiosas de toda la brigada.

—Eso espero, no me gustaría tener mi primer día de trabajo un mal tropiezo… con el jefe—contesta con una sonrisa.

—Siéntese, por favor, —le señala un asiento, y no puede evitar fijar sus ojos en su espléndida figura.

—Gracias, teniente.

—Vamos a aclarar una cosa, puesto que vamos a tener que trabajar juntos, se acabaron las formalidades. No me llames ni señor, ni teniente, me llamo Lewis o Wasel, como me llama todo el mundo.

—Muy bien Lewis, yo me llamo Sofía.

—Perfecto, empecemos de nuevo. ¿Cómo estas Sofía? —tiende la mano con una sonrisa.

—Muy bien, gracias Lewis.

—Perdona lo de antes; pero estoy acostumbrado a trabajar solo. Desde que me incorpore a esta comisaria no he tenido ningún compañero. Muchas veces corro riesgos innecesarios, según el capitán, pero que podrían poner en peligro la vida de mi compañero y no me gustaría tener que asumir esa responsabilidad.

—No te preocupes, sé cuidarme sola. Ya me habían hablado de ti y sabía que no ibas a aceptar de buen grado esta imposición.

— ¿Por qué has venido a esta comisaria? Veo por tu expediente que has sido la número uno de tu promoción y que tienes una excelente puntuación en tiro. No lo entiendo, en Londres hay mejores comisarias que esta.

—Me gusta mi trabajo y quiero aprender de los mejores.

—No seas pelota, no me gusta.

—Perdona, pero no es peloteo. Tu singularidad y mal genio es conocido en todo el cuerpo, pero también tu eficacia.

—Ya será menos.

—También tu modestia y que no eres tan fiero como quieres aparentar.

—Bueno, ya veremos qué piensas dentro de unos días, después de aguantarme.

— ¿Me aceptas?

—Qué remedio—afirma encogiendo los hombros—Sino el ogro me hará la vida más difícil todavía.

—No será para tanto.

—Lo iras viendo. Te voy a presentar a los chicos.

—Muy bien.

Se levanta y ella hace lo mismo, abre la puerta y la invita a salir del despacho.

—Gracias—dice con una sonrisa.

—Atención…, cerrar la boca y vosotros limpiaros la baba—indica a sus compañeros masculinos—. Os presento al sargento Sofía Rodríguez, desde hoy forma parte de esta brigada. No quiero ni bromas pesadas ni comentarios fuero de tono. Sabéis que conozco a todas vuestras mujeres.

Se acercan a saludarla y estrecha las manos de todos ellos, incluidas las dos mujeres que forman parte de la brigada.

—Bienvenida Sofía—dice Mackenna—. Creo que estos bobalicones van a ganar bastante con el cambio, ya que pierden a un sargento gruñón.

—Gracias sargento, creo que me costará bastante llenar el hueco que va a dejar, pero le aseguro que lo intentaré por todos los medios. Gracias a todos por aceptarme entre vosotros. Espero que nos llevemos bien y contar conmigo para todo. Esta comisaria tiene fama de ser la mejor de todo Londres.

—Y ahora la que tiene el mejor cuerpo—comenta el agente Haggerty.

—Gracias por la parte que nos corresponde—añade la agente Esther Adams, arrojando una bola de papel a Haggerty. Es de pequeña estatura, pelo corto ensortijado y una cara graciosa.

Esto produce una carcajada general y con el ruido aparece el capitán O´Connors en la puerta de su despacho.

— ¿Qué pasa no tienen nada mejor que hacer? ¿No tienen que detener a nadie? — Vuelve a entrar en su despacho moviendo la cabeza de lado a lado y cierra de un portazo.

—Vamos, chicos a trabajar—Wasel toma suavemente a Sofía del brazo y le señala su despacho. Una vez dentro abre las persianas, mientras le dice que tome asiento—. Bueno como no vienes de becaria—añade sonriendo—, no te pondré a archivar.

—Gracias jefe—contesta con una encantadora sonrisa.

—Este es un nuevo caso que nos acaban de endosar—le tiende la carpeta que acababa de recibir del capitán.

— ¿De qué se trata?

—En apariencia es un suicidio, pero su familia dice que no tenía ningún motivo para ello. Como puedes ver, se trata de una mujer joven, tenía treinta y dos años. Vivía en una casa familiar de tres plantas y ella ocupaba el apartamento de la tercera planta.

— ¿Cómo ha muerto?

—Por sobredosis, tenía una jeringuilla clavada en el brazo izquierdo. Sitúan la hora de su muerte entre las diez y las doce de la noche. La entrada de la vivienda no presenta ningún tipo de violencia y en el apartamento tampoco hay síntomas de lucha. La encontraron sentada en una butaca, con un vaso de whisky en la mesa delante de ella y con muestras de haber bebido.

—Por lo que veo en el informe forense, no tenía pinchazos en los brazos, por lo que no era adicta.

—Ese es uno de los motivos que hacen pensar en el suicidio, pero además según su padre, no bebía. Su familia tiene una buena posición económica, ella es abogada, no tenía problemas financieros y se iba a casar el año que viene.

— ¿Alguna sospecha sobre el novio? ¿Se sabe si han tenido alguna discusión en los últimos días?

—No, la relación era buena. El novio también es abogado y trabaja en una firma de prestigio. Tiene treinta y siete años, lleva una vida normal y nada hace sospechar que pueda haber influido en el suicidio.

— ¿Cuál era la especialidad de la víctima?

—Derecho civil y llevaba tres años ejerciendo. En principio no descartaremos, que alguien quisiera vengarse de ella. Es posible que alguien se sintiese perjudicado por haber perdido alguna demanda importante.

— ¿Por dónde empezamos?

—Visitando a la familia. De momento no descarto ningún sospechoso, ni ningún móvil.

— ¿Dónde viven?

—En el 39 de Great Pulteney Street.

— ¿Cuándo vamos?

—Como son cerca de las dos, iremos esta tarde después de comer—comenta Wasel mirando el reloj.

—Es mi primer caso y parece prometedor. Cuanto antes empecemos la investigación mejor—acompaña sus palabras levantándose.

— ¡Vale! ¡Vale!, relájate —dice sonriendo y levantándose a su vez.

Salen del despacho y se dirigen a la mesa de Mackenna.

—Nos vamos a comer algo al Pub y luego iremos a casa de los Thompson. Si el capitán pregunta por mí, dile donde estoy.

—De acuerdo. ¿Iréis los dos? —pregunta señalando con los ojos a Sofía que está hablando con Esther.

—Qué remedio, me lo han impuesto y yo soy muy obediente, como tú sabes—añade sonriendo y encogiéndose de hombros.

—Ya claro. Tú quéjate, pero podía haber sido peor. ¡Es un bombón! —declara guiñando un ojo.

—Solo es trabajo… solo trabajo—añade señalándole con un dedo y sonriendo.

— ¡De momento! –contesta Mackenna con una sonrisa irónica.

— ¡Tú mismo! —responde encogiendo los hombros.

Se separa de la mesa de Mackenna y se dirige hacia Sofía.

—Vámonos.

—Hasta luego, chicos—se despide alegremente.

— ¡Adiós pareja! —dice Mackenna con sorna.

Wasel se vuelve y apuntándole con un dedo le fulmina con la mirada. Pero, no borra su sonrisa socarrona.

Bajan las escaleras que les separan de la calle y se encaminamos al pub donde come casi todos los días.

Andan en silencio, pero mira de reojo como es observada por las personas con las que se cruzan. Empieza a pensar en que va a tener problemas para poder concentrarse en su trabajo, como siempre ha hecho. No le queda más remedio que reconocer que es muy atractiva y contempla las caras de envidia de los hombres con los que se cruzan.

—Aquí es—comenta abriendo la puerta del VATS WINE, un bar restaurante que hay cerca de la comisaria.

—Gracias—dice pasando.

—Hola Wasel—saluda Maurice. Es el encargado, con sus 120 kilos, sonrisa bonachona, manos con dedos como morcillas, pero impecablemente vestido con traje y escandalosa corbata. — ¿Vais a comer? —pregunta sin apartar la mirada de Sofía

—No, si te parece hemos venido a verte a ti—le dice cortante—. ¡Pues claro que vamos a comer!, danos una mesa para dos.

— ¿La del rincón?––pregunta con maliciosa sonrisa.

— ¡No, estúpido! La de siempre—contesta de mal humor.

—Hoy no vienes muy contento. ¿Te ha regañado tu capitán?

—No, perdona, es que no tengo un buen día.

—Pues con la compañía que traes, no es para tener un mal día. Señorita, soy Maurice—le tiende su regordeta mano.

Ella tiende la suya y Maurice la toma acercándosela a los labios con delicadeza.

—Maurice, ¡relájate!—exclama—. Es el sargento Rodríguez, mi compañera.

— ¿Tu compañera? —Pregunta con voz sorprendida—. Pero si tú nunca has teni…

—Órdenes del capitán—corta bruscamente.

—Ya me gustaría a mí tener un capitán que me obligara a estas compañías.

—Gracias Maurice—dice Sofía sonriendo y soltándose de la mano de Maurice.

—Venga déjate de cumplidos y acompáñanos a nuestra mesa.

Se mueven por la sala hasta llegar a la mesa que siempre ocupa cuando va al restaurante de Maurice.

La comida transcurre con tranquilidad y degustando los platos que les ha preparado Maurice. Después del postre les ha traído un café y una copa de un licor muy suave que prepara el mismo.

—Querida—dice dirigiéndose a Sofía—. Espero que hayas disfrutado de la comida y que te vea por aquí con frecuencia. A ser posible con mejores compañías.

—Si no viniera me echarías de menos—comenta Wasel mirándole—. En el fondo, sé que me aprecias.

—Creo que después de tantos años ya me he acostumbrado a ti y a tu forma grosera de ser—mientras dice eso le guiña un ojo a Sofía.

—Maurice, estaba todo buenísimo. Si vengo aquí con frecuencia acabaré engordando.

—En cuanto vea que tienes un gramo de más en algún sitio, te pongo a régimen— dice Maurice señalando su cintura.

—Bueno vale dejaros de tonterías, que algunos tenemos que trabajar, no como otros.

—Grosero—dice Maurice, poniendo voz aflautada.

—Venga, vámonos—mientras dice esto saca la cartera para pagar.

—Deja, estáis invitados.

—Es la primera vez que me invitas desde que vengo aquí—comenta sorprendido.

—Y a ti, la última—añade sonriendo.

—Gracias Maurice—dice Sofía que ya está de pie y le da un beso en la mejilla.

—Gracias a ti querida—dice sonriendo satisfecho—. Vuelve cuando quieras––y llevándose una mano a la boca, añade por lo bajo: pero mejor sola.

—Adiós Maurice.

—Adiós Wasel y compañía.

—Adiós y gracias.

Salen del restaurante y se dirigen hacia la comisaria, tienen que coger el coche para acercarse a casa de los Thompson.

— ¿Llevas mucho tiempo comiendo en el restaurante de Maurice?—pregunta Sofía.

—Desde que me destinaron a esta comisaria, hace cinco años —responde sin mirarla.

—Es muy simpático.

— ¿Tú crees?

—Si, además se ve que te aprecia.

Prefiere guardar silencio. Ya han llegado a la comisaria y se dirigen al garaje para coger el coche.

Bajan por la rampa de vehículos y se dirigen a la plaza que tiene asignada, donde se encuentra su espectacular Bentley.

—Bonito coche—dice con admiración, al abrir las puertas del Bentley.

—Como todos, con ruedas y volante—responde, ya que no le gusta hablar de sus pertenencias.

Ella coge la indirecta y se introduce en el coche sin decir nada más. Se pone el cinturón, el hace en silencio lo mismo. Al arrancar el motor se oye un suave zumbido, pone la directa y salen del garaje hacia la casa de los Thompson.

### II

### *Año 2012, 12 de abril, 4.30 p. m. Residencia señores Thompson.*

A las 4,30 llegan a la residencia de los Thompson en el 39 de Great Pulteney. Aparcan cerca de la casa, salen del coche y se dirigen hacia la puerta de entrada. Al observar el edificio desde fuera, comprueban que se trata de una construcción antigua, seguramente ha sido restaurada. Dispone de tres alturas más el bajo que se encuentra a un metro sobre el nivel de la calle, a la entrada principal se accede por unas escaleras en la fachada. También dispone de unas escaleras que descienden hacía, lo que suponen, zona de servicio. Con una primera evaluación constatan que tiene dos posibles zonas de acceso. El edificio forma parte de un conjunto de casas adosadas de parecidas características.

—Bueno, vamos, allá—comenta Wasel dirigiéndose hacia la puerta principal de acceso a la vivienda.

La puerta principal dispone de tres botones de llamada: “P”, “A1” y “A2”. Pulsan el “P” saben que los padres ocupan el bajo y el primer piso. Suena un zumbido empujan la puerta y acceden a un amplio vestíbulo, hay una amplia escalera que da acceso a las plantas superiores y una puerta que suponen es la de acceso a la vivienda de los padres.

La puerta de acceso se abre, antes de llamar a la misma y bajo el marco hace su aparición un miembro del servicio.

—Buenas tardes, ¿qué desean? —pregunta la doncella, pero manteniendo la puerta medio abierta, para bloquear el acceso.

—Buenas tardes—contestan mostrando sus credenciales—. Somos el sargento Rodríguez y el teniente Wasel de la comisaria de Holborn. Quisiéramos hablar con los señores Thompson.

—Pasen, les están esperando–– abre la puerta del todo y les franquea el paso.

—Muchas gracias—responden cruzando el umbral y entrando en un distribuidor con varias puertas.

Les señala una puerta de doble hoja, al abrir comprueban se trata de un salón y en él se encuentran los señores Thompson.

—El teniente Wasel y el sargento Rodríguez–– anuncia la doncella al abrir la puerta.

Al entrar él señor Thompson se levanta; dirigiéndose hacia ellos con la mano extendida.

—Buenas tardes soy Richard Thompson, mi mujer Rachel—especifica señalando a su esposa.

—Teniente Wasel—se presenta estrechando sus manos.

—Sargento Rodríguez—dice Sofía.

—Siéntense por favor, quieren tomar un té o alguna otra cosa.

—No gracias—responden casi al unísono y toman asiento en el sofá que les señalan.

—Hemos recibido una llamada del capitán O´Connors y nos ha informado que vendrían ustedes.

—Sabemos que esto no es nada agradable para ustedes, pero no tenemos más remedio que hacerles algunas preguntas.

—No se preocupe, lo entendemos—aclara mientras coge cariñosamente la mano de su mujer—. Pregunten lo que quieran.

Oyen como se abre la puerta, se vuelven instintivamente y ambos se levantan cómo impulsados por un resorte.

—Peeero no es... —tartamudea Wasel, al ver entrar a una mujer igual que la víctima.

El señor Thompson ha comprendido su sobresalto y se disculpa compungido.

—Perdonen por la impresión, pero creí que sabían que Emily tiene una hermana gemela. Incluso a veces a nosotros nos cuesta distinguirlas.

—Les rogamos disculpen nuestra reacción, pero no hemos podido evitarlo—comenta compungido mientras estrecha la mano de la hermana de Emily.

—Me llamo Hannah—se presenta.

Después de estrechar su mano y recuperarse de la impresión, se sientan pero no pueden evitar mirar sin disimulo a Hannah. Viste un pantalón azul y una camisa holgada de seda, tiene una cara alargada, enmarcada por una melena rubia corta, en la que destacan sus ojos verdes; es de mediana estatura y delgada.

—Creo que ahora les vendría bien un té—ofrece de nuevo la señora Thompson.

—Se lo gradecemos señora Thompson, muchas gracias.

La señora Thompson sirve té en dos tazas, dispuestas sobre una elegante bandeja de plata.

— ¿Cómo lo toma sargento Rodríguez?

—Con una cucharada de azúcar, por favor.

— ¿Y usted teniente?

—Solo, por favor—estira la mano y coge la taza que le está ofreciendo—.Muchas gracias, señora Thompson.

—Cuando quieran, pueden comenzar con sus preguntas—pide el señor Thompson.

—Hemos leído en su declaración inicial, que el fallecimiento de su hija el pasado día nueve, a pesar de que todas las pruebas llevan a pensar en un suicidio, dudan de que haya sido así. ¿Por qué?

—Nuestra hija no tenía ningún motivo para quitarse la vida—comenta el señor Thompson—. Tenía un buen trabajo, una familia que la quería, una buena situación económica y estaba a punto de casarse.

—Sé que es difícil que una persona a la que queremos cometa estas locuras, pero desgraciadamente ocurre de vez en cuando—responde Wasel con tristeza—. Pero, tanto, la jeringuilla, como la aguja y el vaso de whisky tenían sus huellas.

—Lo sabemos, nos lo ha dicho el capitán O´Connors—responde el señor Thompson, con pesar y moviendo la cabeza hacia los lados—. Pero no podemos creerlo.

—Teniente, mi hermana no bebía—interviene Hannah.

—En determinadas circunstancias hacemos cosas que normalmente no haríamos—argumenta Wasel.

—Pero en este caso, el hecho, es que mi hermana no toleraba el alcohol. Alguna vez cuando éramos más pequeñas yo la incitaba a beber y siempre acababa vomitando, por muy poca ingestión que hubiera hecho.

—Las pruebas forenses indican que tenía alcohol en el estómago.

—Es imposible, salvo que lo hubiera tomado después de suicidarse.

––Es posible––comenta mientras sostiene su mirada. Y piensa en la posibilidad de que la hubieran forzado a beber, pero su mente descarta esa probabilidad, es como si aceptase que la habían asesinado. De repente sus ojos se dirigen hacia las manos Hannah y al comprobar como sujeta el plato y como se lleva la taza de té a los labios.

— ¿Es usted zurda?

—Sí— responde extrañada por la pregunta.

— ¿Y su hermana? —pregunta nuevamente sin responder.

—También, por supuesto, somos gemelas idénticas.

— ¿Estás pensando en las huellas? —Pregunta Sofía mirándole.

—Sí, veo que has pensado lo mismo que yo.

—No entiendo, ¿qué tienen que ver las huellas? —Pregunta sorprendida Hannah.

—Perdón—dice disculpándose—, estamos pensando en voz alta.

— ¿Pueden compartir esos pensamientos con nosotros?— Pregunta intrigado el señor Thompson.

—Por supuesto—responde con rapidez—. Las huellas encontradas tanto en el vaso como en la jeringuilla, son las que dejaría una persona diestra.

— ¿Entonces? —Pregunta, con timidez, la señora Thompson—. Piensan que…

—Es posible, solo posible—contesta adelantándome a su comentario—, que efectivamente no estemos ante un suicidio sino ante un asesinato.

— ¡Dios mío! —Exclama la señora Thompson, llevándose las manos a la boca y conteniendo las lágrimas.

—Tranquila mamá—dice Hannah, levantándose de su asiento y abrazando cariñosamente a su madre, ante la mirada desolada de su marido.

—No tomemos conclusiones anticipadas, pero es que en el informe no se mencionaba el hecho de que Emily fuera zurda. Por eso la primera posibilidad ha sido suponer que se trataba de un suicidio. Con esta nueva información tenemos que buscar nuevos enfoques.

— ¿Pero quién podría desear la muerte de Emily? —pregunta Sofía.

—Nadie que sepamos—contesta Hannah—.Todo el mundo la quería y era muy apreciada por sus compañeros de trabajo y amigos.

—Es cierto—confirma la señora Thompson—. Nadie le tenía envidia, era muy buena con todo el mundo.

—Nunca les comentó una discusión con algún compañero, amigo o incluso algún cliente del despacho.

—No jamás—confirma con rotundidad el señor Thompson.

— ¿Podríamos echar un vistazo a su apartamento? —Pregunta wasel mirando a los Thompson.

—Por supuesto—confirma el señor Thompson—. ¿Puedes acompañarlos tu Hannah?

—Claro papá—afirma levantándose del sillón—. Me acompañan, por favor.

Se levantan y salen de la habitación detrás de Hannah. El señor Thompson se acerca a su esposa y la abraza en silencio.

Salen del salón detrás de Hannah. Una vez en el vestíbulo de la entrada principal, se acercan a una puerta y al abrirla pueden ver que da acceso a un ascensor con capacidad para tres personas.

—No sabíamos que había ascensor—comenta sorprendido.

—Lo pusimos hace tres años—aclara Hannah—. Mi hermana Emily se rompió un tobillo y mis padres mandaron ponerlo.

— ¿Pero no parece un ascensor? ¿Parece un armario?

— Es idea de mi padre.

— ¿Pero con qué fin? —pregunta con curiosidad.

—Mi padre opina que el ascensor solo se debe usar en caso de necesidad. Normalmente, todos utilizamos las escaleras.

— ¿Por qué hemos utilizado el ascensor? —Pregunta, esta vez Sofía, con curiosidad.

—No sé, lo he cogido instintivamente. ¿Tiene alguna importancia? —pregunta con curiosidad.

—No, ninguna— responde Wasel con rapidez.

El ascensor se detiene en la tercera planta. Hannah abre la puerta y salen al rellano donde desembocan el ascensor y escalera. Hay una sola puerta y nos dirigimos hacia ella.

Hannah gira el picaporte y la puerta se abre sin resistencia. Les sorprende que la puerta este abierta.

— ¿Siempre está la puerta abierta? —pregunta Sofía con curiosidad.

—Por supuesto—responde Hannah—. Aunque vivamos en pisos distintos, solo vivimos la familia. Es como cerrar con llave la habitación.

—Tiene su lógica—responde asintiendo a su explicación.

Entran en el apartamento de Emily. Tiene un distribuidor con tres puertas, dos laterales de una hoja y otra central corredera de dos hojas. Hannah explica que la puerta de la derecha da a la cocina-office y a un dormitorio de servicio con su aseo, la de la izquierda a dos dormitorios principales con sus cuartos de baño incorporados y la corredera a un amplio salón, que dispone de un espacio destinado a comedor con una mesa para 10 personas.

—Es un magnífico apartamento—comenta Sofía admirada.

Wasel no se sorprende tanto, su casa tiene más o menos el mismo tamaño, pero con una decoración menos minimalista que la de este apartamento.

—Veo que al contrario de sus padres, que son partidarios de una sobria decoración, su hermana era partidaria de un estilo minimalista y funcional—comenta sin afán de crítica.

—A nosotras nos gusta más lo sencillo, sobre todo lo cómodo y funcional. La casa de nuestros padres es muy seria—responde jovialmente y habla como si Emily siguiera viva.

—Sé que esto será incómodo para usted, aunque trate de disimularlo—comenta Wasel con congoja—, entremos en primer lugar a la habitación donde encontraron a su hermana.

—Fui yo quien la encontró—comenta con tristeza.

—Si es muy duro para usted no entre, solo díganos que puerta es—dice Sofía cogiéndola por los hombros.

—No pasa nada, debo aceptar que ya no está.

—Muy bien, pues entremos—dice Wasel abriendo la puerta.

—No hemos tocado nada—aclara Hannah—, hemos seguido las instrucciones del capitán O´Connors.

No preguntan en qué lugar se encontró el cadáver de Emily, lo saben gracias a las fotos tomadas por el equipo de forenses. La mesa aún conserva el círculo dejado por el vaso de whisky, que aparentemente estaba bebiendo la víctima.

—Por la posición que tenía el cuerpo cuando se encontró y la situación del cerco dejado por el vaso de whisky, está claro que tenía que cogerlo con su mano derecha, con la izquierda sería una posición muy forzada—, comenta Wasel sentándome, de una forma inconsciente, en el sitio donde se encontró el cadáver de Emily.

Se levanta de forma rápida, con sentimiento de culpabilidad al ver la cara de Hannah y caer en que ahí fue donde encontró a su hermana.

—Perdón—dice al levantarse.

—No se preocupe, está haciendo su trabajo—justifica e intenta forzar una sonrisa.

Recorren la habitación, intentando encontrar algo que hubiera podido pasarse por alto al equipo forense.

—Mira— dice Sofía señalando un punto de la alfombra que hay debajo de la mesa y el sofá.

— ¿Qué? —pregunta Wasel acercándome a ella.

— ¿Tiene usted unas pinzas de depilar? —Pregunta Sofía dirigiéndose hacia Hannah.

—Supongo que en el cuarto de baño de Emily, habrá alguna.

— ¿Le importa que las busquemos?

—No, en absoluto. Vamos.

Salen las dos del salón, debajo de la mesa se ve un pequeño fragmento de papel. No quiere tocarlo, está medio pillado por la pata de la mesa y se aprecia un número impreso.

—Hemos tenido suerte—dice Sofía blandiendo unas pinzas de depilar que han encontrado.

Se agacha y coge el papel con las pinzas, tira con cuidado y sale de debajo de la pata sin esfuerzo, lo introduce en una bolsa transparente que ha sacado de un bolsillo.

— ¿Qué es eso? —Pregunta Hannah.

—Yo diría que es parte del precinto de una botella de alcohol, puede pertenecer a la botella de whisky que había sobre la mesa.

—No se encontró ninguna botella de alcohol en el registro, con excepción de la que había sobre la mesa. Luego no es muy arriesgado aventurar que es parte del precinto de esa botella.

—Pensamos que bebía con frecuencia, encontramos la botella medio vacía y la autopsia nos revelaba que había bebido. Si este trozo coincide con el de la botella, debemos comprobar si hay huellas de Emily, y si las hay indicaría que ella abrió la botella. Si esto está preparado, para que parezca lo que no es, no tendrá sus huellas, dudo mucho que alguien pensase en poner sus huellas en el tapón. Sin embargo, si las pudo poner en la jeringuilla, en el vaso y en la propia botella. Además, podemos averiguar aproximadamente donde se compró esta botella.

— ¿Podría ser que Emily no se suicidase?— pregunta con timidez Hannah.

—Hay alguna posibilidad—confirma Sofía cogiendo y apretando sus manos con cariño.

—Creo que aquí ya hemos terminado, de momento—dice Wasel guardando la nueva prueba en el bolsillo— ¿Podemos echar un vistazo al resto del apartamento?

—Si claro, vamos.

Se la ve, dentro de la situación, más contenta. Hay nuevas posibilidades de que su hermana no se haya suicidado y aunque es muy doloroso, podría tratarse de un asesinato. La siguen hasta las habitaciones.

—Esta es la que ocupaba Emily—les dice abriendo la puerta y señalando su interior.

La habitación tiene una cama grande con una mesilla a su lado izquierdo, un tocador con un asiento tipo banqueta larga, la persiana de la ventana está subida y cubierta por unos gruesos visillos, sin cortinas. Al abrir un armario empotrado, que ocupa toda una pared, comprueban que la ropa está perfectamente colocada.

Entran en el cuarto de baño, también en perfecto orden, cada cosa en su sitio. Las toallas tan perfectamente colocadas, que parece que no se han usado.

— ¿Ha arreglado alguien esta habitación? —Pregunta Sofía.

—Que yo sepa, no—responde Hannah— ¿Por qué?

— ¿Su hermana era una persona ordenada?

—No, ciertamente no era muy ordenada.

— ¿Supongo que usted habrá entrado más de una vez en el apartamento de su hermana? —Pregunta Wasel, volviéndose hacia ella.

—Si por supuesto, igual que ella en el mío. Recuerdo que en más de una ocasión me ha recriminado mi manía del orden.

— ¿Es habitual que este apartamento, esté tan perfectamente ordenado?

—Pues no, no es muy normal. Solo suele estar así de ordenado cuando está de viaje y mi madre ordena, a alguien del servicio, que de un repaso al apartamento.

— ¿Había estado de viaje en los últimos días?

—No, llevaba más de un mes sin viajar.

—Por tanto, podemos asegurar que este orden no es propio de Emily.

—No es su orden habitual. ¿Pero por qué hace tanto hincapié en el orden del apartamento? —pregunta sorprendida Hannah.

— ¿Podríamos decir que lo ha realizado otra persona? —Vuelve a preguntar sin contestar.

—Sí, pero no entiendo dónde quiere ir a parar.

—Voy a plantear una hipótesis: supongamos que hubiera entrado aquí otra persona, revuelve todo porque necesita encontrar algo y en esa búsqueda lo va dejando todo desordenado. Cuando está en pleno registro oye un ruido y se esconde. Cuando entra su hermana ve el desorden, o a lo mejor no se fija, pero la persona que está registrando el apartamento la ataca por detrás y la deja inconsciente.

—Pero, ¿cómo puede hacerlo? Nadie, de la casa, escucha ningún ruido.

—Hay muchas formas de dejar a una persona inconsciente, solo hay que conocerlas. Como ha sido pillado, se asusta y actúa de forma precipitada, piensa que puede haberle visto y tiene miedo a ser reconocido, en ese momento no razona y considera que la mejor solución es eliminar a Emily. No sé cómo, pero dispone de una jeringuilla y de heroína, podría ser una persona adicta, inyecta una sobredosis y monta la escena del crimen como si hubiera sido un suicidio. Al terminar se da cuenta de que está todo revuelto y eso sería indicio de que alguien ha revuelto la casa, buscando algo. Como está nervioso, llega a la conclusión de que el estado del apartamento no cuadraría con un suicidio y decide ordenarlo. No conoce como es Emily en cuanto al orden y lo organiza todo pensando en cómo lo haría una mujer ordenada.

—Bonita hipótesis pero te has olvidado de algo—dice Sofía mirándome.

— ¿Qué?

— ¿De dónde ha salido la botella de whisky?, Hannah ha dicho que su hermana no bebe—le dice con una sonrisa.

—Has pensado, listilla, que podía tener una botella para las visitas.

—Sí, pero lo raro es que solo tuviese una botella de whisky. Tu seguro que en tu apartamento tienes varias botellas de licor y de vino. Aquí como hemos podido comprobar no hay nada de alcohol.

—Emily siempre se negó a tener alcohol en su casa— puntualiza Hannah.

—Vale, ya pensaré cómo encaja la botella de whisky en todo este entramado—dice Wasel con resignación—. Igual la había comprado para regalársela a alguien.

—Podría ser, poco probable, pero posible. Creo que aquí ya hemos terminado de momento—dice Sofía.

—Si vámonos. ¿Sabía que se habían encontrado varias papelinas de heroína en su mesilla? —Pregunta a Hannah según salen de la habitación.

—No, no lo sabía—después de unos instantes añade: dudo que supiese dónde comprarla.

—De todas formas aquí hay cosas que no encajan. Un ladrón normal no oculta la escena de un crimen, con tanto detalle.

— ¿Ha notado si falta alguna cosa?

—No, no falta nada.

— ¿Está usted segura? —Insiste Sofía.

Emily recorre la habitación con la mirada, como buscando algo. Sale y se dirige hacia el salón, mira como buscando algo.

— ¿Está buscando algo?

—Sí, el ordenador portátil de mi hermana.

— ¿Se lo habrá dejado en el despacho?

—No, es imposible. Es el suyo particular.

— ¡Mirad! —dice Sofía señalando un cargador que hay en el suelo.

— ¡Es el cargador del ordenador de mi hermana! —dice Emily sorprendida—. Si se hubiese llevado el ordenador a la oficina, lo habría cogido.

—Esto se va enrareciendo a cada instante. ¿Qué podría tener su hermana en el ordenador que le pudiese interesar al ladrón?

—No lo sé.

— ¿Tenía su hermana joyas? —Pregunta Sofía.

—Sí, pero están todas en el cajón del tocador. Ya lo habíamos comprobado.

—Luego, el móvil no fue el robo.

— ¿Para qué quiere un ordenador un ladrón? No lo entiendo. Si el motivo hubiera sido el robo, se habría llevado las joyas.

—Nos dijo que su hermana trabajaba en un despacho de abogados y que se ocupaba de temas civiles menores.

—Sí, llevaba poco tiempo en ese despacho. Todavía no le habían dado un caso de responsabilidad civil importante.

— ¿Nos puede dar la dirección del despacho?, por favor.

—Claro, por supuesto.

Coge una libreta que le tiende Sofía y escribe la dirección del despacho donde trabajaba Emily.

—Aquí tienen—dice tendiendo el cuaderno con la dirección anotada.

—Creo que aquí ya hemos terminado y no queremos molestar más de lo necesario—dice Wasel a Hannah, mientras señala la puerta para abandonar el apartamento.

Sale Hannah y detrás Sofía y Wasel. Cierran la puerta y se dirigen a las escaleras para ir a la planta baja donde se encuentran los señores Thompson.

Entran en el salón de la planta inferior donde están esperando los padres de Hannah, el señor Thompson se levanta al verles entrar.

— ¿Y bien?

—No podemos decirles nada nuevo, es el comienzo de nuestra investigación. Pero si hemos podido constatar: la desaparición del ordenador portátil y el minucioso orden del apartamento. En opinión de Hannah, su hermana no era excesivamente ordenada.

—No, no lo era—añade la señora Thompson.

—No les molestamos más, pasaremos el informe al capitán y si él cree que contiene algo nuevo, supongo que les llamará. Muchas gracias por su atención.

Estrechan la mano a la señora Thompson para despedirse de ella y a continuación la del señor Thompson.

—Pueden venir siempre que quieran, serán bien recibidos.

—Muchas gracias.

—Hannah, puedes acompañarles a la puerta.

—Claro, papá.

Les señala la salida y abandonan el salón detrás de ella, haciendo un nuevo gesto de despedida con la cabeza.

—Estaremos en contacto, muchas gracias señorita Hannah–dicen una vez alcanzada la puerta de la calle.

—Gracias a ustedes y, por favor, si descubren algo nuevo, les ruego nos lo comuniquen. Sobre todo si descubren que ciertamente mi hermana no se suicidó sino que fue asesinada.

—No se preocupe, les informaremos en cuanto tengamos la certeza de algo que nos haga confirmar lo que ya sospechamos.

—Adiós, buenos días.

—Adiós, Hannah.

Salen a la calle y se encaminan hacia donde han dejado el coche aparcado.

— ¿Qué opinas? —Pregunta Sofía.

— ¿Sobre qué? —Responde preguntando a su vez, aunque cree saber a qué se refiere.

— ¿Suicidio o asesinato? —Aclara, preguntando de nuevo.

—Estoy convencido que asesinato, pero no veo cual puede haber sido el móvil. Tengo claro que no ha sido el robo, el asesino estaba buscando algo y al no encontrarlo se ha llevado el portátil.

— ¿Pero que buscaba?

—No sé, hay algo que no me encaja. Aquí falta algo.

—Sí, estoy de acuerdo, algo se nos escapa.

—Vamos a la comisaria a redactar el informe y mañana por la mañana nos acercamos al despacho conde trabajaba Emily. A lo mejor averiguamos algo.

Montan en el coche, y a los pocos minutos están aparcando en la puerta de la comisaria.

Suben la zona donde se encuentran los despachos y comprueban con alarma que el capitán está sentado en su despacho.

— ¡Wasel! —grita en cuanto se percata de su presencia y hace una seña para que vayan a su despacho.

—Señor— dice al llegar a su puerta.

—Pasen, siéntense y cuéntenme que han averiguado.

—Poca cosa, señor— añade.

—No es lo que me han dicho los señores Thompson.

<<Mierda>>, piensa en voz baja.

— ¿Decía?

—Nada—responde rápidamente.

— ¡Venga! ¡Desembuche! —apremia haciendo un gesto con la mano abierta.

—Estamos casi convencidos de que no ha sido un suicidio, creemos que ha sido un asesinato.

— ¿Usted Rodríguez, opina igual? —pregunta masticando el puro que tiene en la boca.

—Creo que sí, señor.

— ¿Cree o está segura?

—Estoy segura.

—Bien, cuéntenme porque piensan que es un asesinato.

Durante más de una hora, les escucha atentamente mientras explican sus nuevos descubrimientos. No son interrumpidos y cuando terminan con la exposición de sus conclusiones, se queda mirándoles fijamente, durante un rato, sin decir nada. Wasel sabe que cuando hace eso es porque está mascullando algo.

— ¿Eso es todo? —Pregunta de repente.

—De momento si—dice Wasel encogiéndose de hombros.

— ¿Cuál va a ser su siguiente paso?

—Mañana vamos a ir al despacho donde trabajaba Emily.

Vuelve a mirarles fijamente sin decir nada y pasando sus ojos de uno a otro, como si quisiera leer sus más profundos pensamientos.

—Hemos pensado, que Emily podría estar trabajando en algún caso que tuviera posibles implicaciones—añade Sofía.

Continúa mirando sin hablar.

—Vale, vale. Ya me contarán. ¡Fuera!

Tras su amable petición, abandonan el despacho del capitán, sin decir palabra. Cuando salen se recuesta en el sillón fumando el puro y poniendo cara de pensar en algo, seguro que no es nada bueno.

— ¡Dejen la puerta abierta! ¡Coño! —Grita al ver que hacen intención de cerrar.

—Perdón—dice Sofía, que todavía no le conoce.

—No le gusta tener cerrada la puerta—comenta Wasel por la bajo al ir saliendo.

— ¿Qué coño está murmurando, Wasel?

—Nada, señor—contesta apresuradamente y empuja con suavidad a Sofía fuera del despacho.

—Ya le habéis cabreado—comenta el sargento Mackenna.

—Ya sabes, es su estado natural—le dice encogiendo los hombros.

—Yo creo que tú le provocas— comenta el agente Haggerty.

—Que no, en serio. Que yo no hago nada, es que me tiene manía.

—A lo mejor es que te tiene envidia—dice con ironía la agente Esther.

—No creo que sea por eso—añade Mackenna.

—Yo tampoco—confirma Wasel..

—Puede que le recuerdes a él, cuando era joven.

—Será por eso. Bueno, dejemos de elucubrar. Que os parece si nos vamos al pub a tomar unas cervezas y celebrar la incorporación de Sofía.

— ¿Sabe que invita ella? — dice Haggerty.

—Ahora, sí.

—Sin problema, chicos, vámonos.

Se coge del brazo del sargento Mackenna y se dirigen a la puerta para abandonar la comisaria.

—La edad es un grado, muchachos—comenta el sargento sonriendo.

—Vamos, abuelo, que es mucha carne para tan poco pollo.

—Pero que envidiosos sois. ¿Verdad, teniente?

—Anda, vamos. Que ya te hubiera gustado hace 30 años una compañía como la que llevas.

—Si yo os contara.

—Que te conocemos Mackenna, no nos cuentes batallitas–– dice riendo la agente Esther.

Entre bromas y puyas salen a la calle y se encaminan al pub de Maurice que está al lado de la comisaria.

A esas horas todavía no está lleno y se dirigen a una mesa vacía. Son saludados por muchos de los presentes, son conocidos y apreciados.

—Vamos Maurice, unas pintas—pide Haggerty levantando una mano.

—Hola querida, ¿ya te han liado estos golfos? —pregunta dirigiéndose a Sofía.

—Más o menos.

—Abre una cuenta de crédito a su nombre, Maurice.

—No te dejes engañar, pagas una ronda. Si quieren más que la paguen ellos.

—Cuando yo llegué, no me soplaste lo mismo.

—No vas a comparar.

—Vale, vale. No me cabrees y pon unas pintas.

—Tomate una con nosotros— pide Sofía.

—Gracias, querida. Con mucho gusto.

Hace una seña a uno de los camareros y al poco aparece con la bebida para todos.

—A tu salud Sofía—dice Maurice levantando su copa.

—Gracias, Maurice. Por una larga estancia en esta comisaria.

—Que así sea—dice Wasel levantando su copa.

—Sin que sirva de precedente, a esta ronda estáis invitados—dice Maurice ante la sorpresa de todos.

— ¿Estás enfermo? — Comenta Mackenna tocando la frente a Maurice.

Se produce una carcajada general y todos los clientes se vuelven hacia la mesa que ocupan.

— ¡Quita! — Dice Maurice apartando la mano de Mackenna.

—Llevo viniendo a este establecimiento desde que lo abriste y es la primera vez que nos invitas con tanta generosidad.

—A partir de ahora ya lo sabéis, siempre tenemos que venir acompañados de Sofía. ¡Maurice nos invitará!

— ¡Lo tenéis claro! — Dice y hace intención de levantarse.

— ¡Siéntate! — Dice Wasel cogiéndole del brazo—. Es uno de los comentarios de Mackenna para meterse contigo. Todos sabemos que nos invitas frecuentemente. Di que nos pongan otra ronda que pago yo.

—No te enfades, si sabes que es una broma—añade Mackenna.

—Lo hago por Sofía, para no dejarla sola con vosotros— dice mirándola y guiñándole un ojo.

— ¿Son siempre así? —pregunta Sofía.

—Que va, hoy se están comportando por qué estás tú.

—O sea, que me espera un futuro halagüeño.

—Más o menos.

—No hagas caso, en general, son buenos chicos— dice Esther.

Entre bromas y cervezas va transcurriendo el tiempo. Mackenna con alguna cerveza de más es el primero en decir que se va. Se levanta tambaleando y es agarrado por Maurice.

— ¡Uy!, se mueve todo—dice sujetándose a Maurice.

—Vamos, viejo—le dice Wasel cariñosamente—.Te llevo a casa.

—Graaciaass, teniente, eres un buen amigo.

—Nos vamos. Mañana os quiero a todos en perfecto estado.

— ¡Señor, si señor! —contestan al unísono.

—Nosotros, mañana, vamos al despacho donde trabajaba Emily, o sea, que no te vayas muy tarde.

—No te preocupes, me tomo otra y me voy.

—Tú misma. Hasta mañana, a todos. Gracias Maurice.

—De nada, hasta mañana.

Salen del establecimiento, Wasel lleva sujeto a Mackenna. No es la primera vez que tiene que acompañarle a su casa, y no será la última.

—Deeentroo de poocooo yaa noo tendraaasss que acompañaaaarmeee—dice Mackenna arrastrando las palabras.

—Espero que cuando te jubiles vengas a vernos de vez en cuando—dice sujetándole con fuerza para que no se caiga.

—Mientraaasss el cuerpo aguaaanteee.

—Espero que por muchos años—añade mientras le acomoda con dificultad en su coche.

Cierra la puerta con cuidado para no pillarle y da la vuelta para entrar por el otro lado.